



Andrea Jeftanovic,
Hablan los hijos.
Discursos y estéticas de la perspectiva infantil
en la literatura contemporánea

(Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 2011, 273 pp.
ISBN 978-956-260-579-3)

por María Belén Pérez Silva

El juego de las escondidas consiste en que un niño con los ojos cerrados y apoyado contra una muralla, cuenta hasta un número determinado dándole tiempo a sus compañeros para que se escondan. Gana el que se mueve sigilosamente y logra tocar la pared al tiempo que vocifera: “un, dos, tres por mí”. Sin embargo, la infancia es una etapa en la que enunciarse es un reto y librarse, aún más. “Un, dos, tres por mí” es el grito imposible del infante víctima de pedofilia, endurecido por la guerra, descuartizado para que se vendan sus órganos; acallado e invalidado como sujeto por el mundo adulto, pero al mismo tiempo impelido por el horror.

Hace 50 años en Chile empezó una búsqueda que no ha terminado, las escondidas se tornaron en un juego siniestro y nacional: en el que aquellos que fueron niños durante la dictadura se convirtieron en adultos que jamás encontraron a sus compañeros o que no se les permitió crecer, y engrosaron las listas de desaparecidos. Recientemente, han suscitado interés los modos en los que se expresó la infancia en



este periodo: pensemos en el trabajo periodístico *50 años, 50 historias* (2023) de Anuel Délano, Fabiana Rodríguez-Pastene y Karen Trajtemberg, en el que registran y relatan las distintas vivencias de exilio, muerte y desolación de quienes fueron infantes en esa época. En textos anteriores, como *Infancia/Dictadura. Testigos y actores (1973-1990)* (2019) de Patricia Castillo se recopilan materialidades (dibujos, cartas, entre otros) expuestas en museos y creadas por niños que padecieron la dictadura; o bien en el artículo: "Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relatos de filiación en la literatura chilena reciente" (2014) de Lorena Amaro, donde mediante la crítica literaria se analizan obras que son enunciadas desde una óptica infantil, entre otros textos que profundizan en esta mirada 'menor'.

Hablan los hijos, en perspectiva, prefigura una reflexión en torno a cómo se sitúa a los niños, y tal como señala el título, enfatiza en su capacidad de ser agentes sociales, de tener una voz. En este sentido, el libro los pone en acción y con ese objetivo, exhibe un conjunto de textos críticos que analizan obras narrativas y dramáticas en las que la infancia es narrada/representada desde un lugar protagónico, específicamente, para poner en duda la aparente inocencia de sus roles, así como para evidenciar literaria y estratégicamente realidades conflictuadas, entre ellas lo ocurrido en la dictadura chilena y en otros países de Latinoamérica. En el prólogo, Andrea Jęftanovic plantea las preguntas que guiarán la reflexión:

¿cuál es la estrategia literaria que está detrás del uso de narradores niños?, ¿por qué y en qué situaciones "hablan" los niños?, ¿cuál es el deseo que despliega el autor adulto en esta narrativa?, ¿tiene la infancia una voz propia, autónoma, un discurso específico de los autores que pretenden ficcionalizar? (13)

La búsqueda de estas respuestas hace de la introducción un acucioso recorrido en el que se presentan las principales miradas filosóficas, políticas e históricas que han estudiado la niñez. Este ejercicio repasa el lugar que usualmente se les ha asignado y muestra su variación desde la posición de sujetos subalternos a la de sujetos sagrados. La introducción se estructura en apartados, entre los que destaca "La infancia, un concepto en permanente construcción", por cuanto permite repensar la niñez, indagar en las razones detrás de los constantes cambios de perspectiva en torno a ella y que, releído hoy, continúa invitando a los lectores a cuestionar los espacios a los que actualmente es relegada la infancia, tanto dentro como fuera de la literatura.

La publicación de este libro fue precedida por una investigación en la que participaron María José Navia, Lucía Sayagués y quien escribe esta reflexión a doce años de su gestación. La exploración de material bibliográfico, las lecturas y conversaciones, fueron orientadas a responder las interrogantes y problemáticas en torno a la infancia que planteara Andrea Jęftanovic y que intentaron disiparse con el estudio de una literatura en la que los niños expresan "todo el potencial insubordinado y la fuerza" (35). El texto se subdivide en cuatro capítulos: "Violencia y autoritarismo en el cuerpo infantil", "Juego y crueldad como estrategia de sobrevivencia", "Padres e hijos al paredón" y "La infancia como un espacio de indignación existencial" en cada uno de los cuales la infancia adopta una voz protagónica. Asimismo, se trata de una literatura en la



que un adulto emula la voz de la niñez y, por esta razón, se recurre a lo que es propio de esta etapa de crecimiento, por ejemplo su lenguaje, juegos, espacios cotidianos como el hogar y la escuela, relaciones parentales y amicales, entre otros artilugios.

La insubordinación de los hijos en contextos dictatoriales es expuesta desde sus variadas aristas en el subtítulo “Padres e hijos al paredón”, precisamente, en la sección “La historia de la dictadura chilena por niños preescolares en *Kinder* de Francisca Bernardi y Ana Harcha”. En este Andrea Jeftanovic ahonda directamente en el trauma histórico de Chile, de ahí que el sugestivo título *Hablan los hijos* es modificado por “Hablan los hijos de Pinochet” (147), a la vez que extrema la postura de una infancia muda, en tanto alude a una etapa prelingüística. No obstante, lo esencial reside en la identificación de una necesidad:

Hacia falta mirar esa experiencia desde una “óptica menor”, desde un lugar de la víctima indirecta que comprende tardíamente los alcances de ese régimen en su vida, o experimenta cambios y crisis en su orden familiar por el sistema político imperante. (147)

Esta necesidad se mantiene intacta, en tanto se continúan escribiendo textos desde este punto de vista infantil, como en *Papelucho Gay* (2019) de Juan Pablo Sutherland, donde la mirada además corresponde a la de una infancia de la disidencia sexual.

Finalmente, releer *Hablan los hijos* cobra un nuevo significado en tanto involucra un trabajo de memoria, en el que la literatura muchas veces da testimonio y constituye un archivo valioso en sí mismo. Retomando la analogía del juego de las escondidas, permite completar los espacios en blanco de un relato en el que se espera que, aunque sea a destiempo, la infancia pueda contar: “un, dos, tres por mí”.

María Belén Pérez Silva

Pontificia Universidad Católica de Chile

mariabelenperezsilva@gmail.com

I raccomandati/Los recomendados/Les recommandés/Highly recommended

N. 30 – 11/2023

ISSN 2035-7680 CC licensing BY-SA 4.0